

The heart speaks unto heart

SEPTIEMBRE 2021

Escribió SAN JOHN HENRY NEWMAN: "la magnanimidad y el poder de la gracia divina no conoce límite"¹. Dios no solo nos busca de continuo sino que también se deja encontrar, quiere concedernos a todos la gracia de la conversión. Así como no hay santo sin pasado, tampoco hay pecador sin futuro: "Hayas pecado poco o mucho, Él tiene poder para dejarte tan limpio como si nunca lo hubieras ofendido... Para el Señor es igual de sencillo lavar los muchos pecados como los pocos... La gracia puede rehacer el pasado, puede obrar lo imposible"².

No hay vicio, por arraigado que esté, que pueda resistirse a la gracia de Dios. Cuestión de reconocer con humildad, suplicar con insistencia y disponernos con generosidad, para que el Señor nos conceda esa profunda renovación interior: "Crea en mí, Señor, un corazón puro, renuévame por dentro"⁴.

No hay pecador que no pueda convertirse en un santo. No hay santo que no haya sido o pudiera haber sido un gran pecador³

La conversión, que es don y tarea, es como una explosión interior que derriba los muros que nos mantienen presos de nosotros mismos. Entonces nuestro limitado y oscuro horizonte no solo se amplia al adquirir las dimensiones del infinito, sino que es iluminado por la luz que procede de lo alto.

El mensaje central del Antiguo Testamento se encuentra condensado en la palabra de san Juan Bautista: "Conviértanse". También en el sumario de la predicación de Jesús que nos ofrece san Marcos en el contexto de sus primeras actuaciones públicas, la llamada a la conversión se nos propone como la puerta por la que se puede acceder al evangelio de las Bienaventuranzas, a la vida verdadera, a la auténtica altura de ser humanos, a la comunión con Dios. Sin esta liberación, sin semejante transfiguración, la vida se reduce a una continua autojustificación.

TESTIGOS MÁS QUE MAESTROS

En la interpretación de la voluntad del Señor y de los caminos para llegar a Él, tal como se nos ofrece en la Sagrada Escritura, los santos son los auténticos y más autorizados intérpretes. Para nosotros, su vida constituye una fuente inagotable de lecciones. Este hecho conecta de un modo especial con la sensibilidad del hombre contemporáneo, sobre todo de los jóvenes, los cuales escuchan más a gusto a quienes dan testimonio que a los que dan lecciones, y cuando escucha a éstos últimos es porque no se han limitado a enseñar⁵; solo la fuerza de una vida coherente entre la fe profesada y la entrega a Cristo, hace merecedor de ser tomado en cuenta.

Entre estos 'testigos que son al mismo tiempo maestros', encontramos nombres que nos resultan muy familiares: Pedro, Pablo, Agustín, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Edith Stein, John Henry Newman, por mencionar solo algunos. Hay en la vida de todos ellos un elemento clave que nos permite comprender lo que significa e implica la conversión. Esa profunda transformación que es fuente de libertad, es como la fisión nuclear en lo

íntimo del ser que da lugar a una reacción en cadena de progresivas transformaciones: el Señor hace nuevas todas las cosas.

La vida humana, incluidos los elementos sobrenaturales que se nos conceden por pura gracia, está sometida a una ley sabia, establecida por el autor de nuestra naturaleza, por la cual las grandes transformaciones tienen lugar mediante un proceso de maduración que en la mayoría de los casos es lento. Y esto no porque a Dios le falte poder, sino porque, al tratarse de una sustitución de nuestro pobre corazón por el Suyo, para que este corazón llegue a ser realmente nuestro corazón, son necesarios unos cuidados, unos ejercicios, que suponen vigilancia, esfuerzo y paciencia.

LA RESPUESTA A LA LLAMADA DE DIOS ES LA FORMACIÓN

El encuentro de Pablo con el Señor Resucitado en el camino de Damasco cambió su vida. Puede fecharse hacia el año 35 de la era cristiana. De perseguidor se convierte en discípulo y apóstol de Jesucristo. Bautizado en Damasco⁶, se marcha a Arabia y de allí vuelve a Damasco, gastando tres años⁷ en el estudio y meditación del Mensaje, en compañía de los hermanos, y en sus primeros apostolados. Perseguido por los judíos, huye a Jerusalén, donde visita a Pedro⁸, hacia el año 40. Una conjura judía le obliga a volver a Tarso⁹, donde permanece cuatro o cinco años más trabajando y orando e iniciándose en el apostolado. Esta larga espera no es tiempo perdido para Saulo, como no es tiempo perdido el que pasa el grano enterrado en el surco en las largas noches de invierno. En aquel periodo trabajaba en algún telar de la calle de los tejedores y se abismaba cada día más en la contemplación del misterio de Cristo. En esos años de retiro y formación, en ese recogimiento y cultivo de la vida interior —en Arabia, Damasco, Tarso— está el secreto de la profunda estructuración de su pensamiento teológico y de la fecundidad de su vida apostólica. Ahora ya es un hombre completo, pronto a arrostrar toda fatiga, a desplegar toda energía. Ya puede decir: “mi vivir es Cristo”. Y, por tanto, ya puede salir a cambiar el rumbo de la historia.

Lo mismo se puede decir de todos los grandes conversos. ¿Cuántos años transcurren entre la conversión de san Ignacio y la fundación de la compañía? Son años de un intenso combate espiritual, años de oración, penitencia, apostolado y formación. Tiene que resistir el impulso natural que inclina a la prisa, tiene que aprender el arte del discernimiento y los métodos esenciales de la formación y de la autoformación, debe adquirir además sólida doctrina, pues nadie es capaz de dar lo que no posee. Debe vaciarse de sí mismo para llenarse de Cristo y esto lleva tiempo, pero tiempo aprovechado.

San John Henry —cuya conversión al catolicismo fue precedida por un largo periodo de estudio, penitencia y oración— siempre consideró que una paciente fidelidad y una formación adecuada, eran el fundamento necesario para el cumplimiento de la tarea que Dios encomienda a cada uno, como pone de relieve en muchos de sus escritos. Podemos repasar, por ejemplo, un sermón que dedica a los primeros años de David¹⁰, el cual habiendo sido elegido por Dios para ser rey de Israel, tiene que esperar muchos años para ver el cumplimiento de la promesa, se trata de un tiempo de prueba en el que se purifica y fortalece su confianza en Dios.

1 SAN JOHN HENRY NEWMAN, *Discourses to Mixed Congregations*, Longmans, green, and Co., London, 1906, p. 43, ss. Tr. cast: *Discursos sobre la fe*, Rialp, Madrid, 2021, p. 100.

2 Ib. *Discurso sobre la fe*, p. 100, 101-102.

3 Ib., p. 102.

4 Salmo 50

5 Cf. San Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* (8-XII-1975), n. 41.

6 Cf. Hech., 9, 1

7 Cf. Ga. 1, 28

8 Cf. Ga. 1, 18; Hech., 9, 26.

9 Cf. Hech. 9, 29-30; Ga. 1, 21.

10 Cf. SAN JOHN HENRY NEWMAN, *Parochial and plain sermons* 3, n. 239 (23-V-1830). Tr. cast: *Sermones parroquiales* /3, Encuentro, Madrid, 2009, pp. 68, ss.



COR AD COR LOQUITUR

THE NEWMAN SOCIETY

Calzada de los ángeles 6935-3,
Ciudad Granja,
Zapopan, Jal. (Mx)

www.thenewmansociety.org

Tel. (+52) 33 2912 2488

33 2538 2488